



Después de ti

Texto: Oriol Asensio Alegre



Me fui hace tiempo, aunque siga aquí. Me fui casi cuando tú lo hiciste. Antes de que decidieran por nosotros que no iban a dedicar más recursos, dadas las circunstancias. No pienses que nos fuimos a la vez, no. Tú lo hiciste primero, como siempre lo habías hecho, tú siempre por delante, tú abriendo el camino y girándote para azuzarme con que te siguiera. Y yo siempre detrás, a un metro de distancia, temeroso.

Así entramos la primera vez en aquel piso abandonado de la calle Los Almendros, cuya puerta no cerraba y cuyas ventanas, rotas, permitirían a las inclemencias de un clima seco de interior penetrar hasta nuestros huesos. Sorprendimos a dos palomas que huyeron al vernos aparecer, asustadas las pobres. Aunque más lo estaba yo.

- Ven, anda, no pasa nada - Con esa sonrisa tan amplia y sincera, con tu mentón prominente, con el mechón de pelo rubio recorriéndote la cara desde la frente hasta la barbilla. Lo soplabas cuando acababas de hablar, para apartártelo.

Y yo te seguí, abrazado como estaba con fuerza a mi pasado, a todas mis posesiones que metí dentro de la mochila azul que me dejaste para que las sacara del seminario: un marco con la fotografía de mis padres, un tomavistas súper ocho heredado y un par de mudas limpias.

- Deja todo lo demás, a donde vas no lo vas a necesitar - Siempre tan práctica, tan directa, tan brutalmente tú.

Una vez dentro de lo que iba a ser nuestro primer hogar, miré alrededor intentando asimilar la parte positiva del cambio en cuanto a comodidades; el tamaño de la estancia, el baño que no tenía que compartir, una cocina sin hornillos... pero por encima de todas ellas, estabas tú. Tú y tu traviesa manera de desordenar mi vida - y yo de dejármela desordenar, al fin y al cabo - Luego vendrían los días

de limpieza, la búsqueda de un colchón - el de rayas que nos prestó tu prima -, del camping-gas que colocamos al lado de la ventana y las malditas noches de invierno, en la que nos acurrucábamos como ardillas bajo una manta vieja o hacíamos el amor, convirtiéndose entonces en mágicas.

- ¿A qué me voy a dedicar, ahora? - El abismo que me persigue.

- Pondremos un puesto ambulante, cerca del mercado de abastos - Tú mi red salvavidas.

- ¿De qué? - No lo sé, ya lo pensamos. De frutas, de caracoles... o de ropa...

Y yo te seguí, extrañado por la improvisada manera que tus pasos tenían de levitar sobre los adoquines de la calle Tambor, de la calle Alta de Santa Ana, de la Cantón y de la Merced Alta, hasta llegar por fin a la Plaza de la Merced, donde llenábamos los cántaros de agua y regresábamos a casa (lo raro que se me hacía decirlo, casa).

Contigo descubrí esta ciudad que hasta entonces me había parecido ajena y absurda, enmarcada en la ventana de un cuarto en la planta superior del seminario. La misma ventana desde la que te vi aquel Abril, de la mano de tu amiga, camino de la universidad. Y desde entonces, ya todas las mañanas me asomaba para verte pasar, para verte sonreír y bromearte, lanzándome un beso, para después estallar en sonoras carcajadas cuando veías apartarme de la visual y apoyar mi espalda contra el frío muro de piedra, para tranquilizar mi pulso, recitando cualquier pasaje del libro sagrado en voz baja, mientras vuestras risas se perdían por la Senda de los Huertos...

Del puesto ambulante, pasamos a uno fijo ya dentro del mercado. De Almendros, nos mudamos a Jiménez Serrano, por aquel balcón que llenabas de geranios, al que salíamos a respirar durante las tó-



rridas noches del verano jienense, armados tan solo con un abanico y un par de vermutos. Hubo la motocicleta, el seiscientos de segunda mano y el Panda Marbella con el que nos escapábamos a Alicante para ponerte morena, durante horas, al sol. Conducías tú. Siempre conducías tú. Y a mí me gustaba verte conducir y dejarme llevar hasta el mar, tan lejos como estaba.

- Aquí está mejor el agua que en Motril - Un argumento tan pobre como símpotico que nunca osé contradecir.

- Es muy bonito. - ¡Para nada! Pero así podemos pasar desapercibidos y el sol aquí brilla mucho mejor.

Dejamos de ir a la plaza cuando lo de conducir se te empezó a hacer cuesta arriba. Cuando las visitas al médico se hacían cada vez más frecuentes y tus movimientos se hacían cada vez más torpes, pero ahí estaba yo para completar tus pasos, para abrazarte en la ducha, para acostarte en la cama y para levantarte por las mañanas con un beso y la medicina. Fue todo tan rápido, que no me di cuenta cuando te fuiste, no me di cuenta de todo lo que nos perderíamos.

Hoy, al cerrar la puerta de casa, sabía que tampoco iba a volver. Porque no se puede volver a un sitio en el que tú

ya no estás. He intentado mantener nuestras costumbres, el paseo matutino, buscándote en vano durante estos dos años. He seguido abriendo las ventanas que arreglamos y regando los enormes geranios, escuchando a las palomas anidar en los terrados vecinos. He seguido sirviendo dos vermutos en las noches de verano.

Pero ya me he ido - después de ti - porque no le vi sentido a seguir. Aquí. Y sin embargo, todavía no sé a dónde ir, si tampoco tú estarás allí.

- Ven, anda, no pasa nada. ¿De qué tienes miedo?

- De perderme.